

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 2 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

La moral del Buddhismo.

Allá por los años 622 antes de Jesucristo, en la ciudad de Kapilavastu, capital de un pequeño reino del propio nombre situado en la India, entre el país de Kozala y las montañas del Nepal, nació un hombre predestinado para fundar una nueva religión que había de difundirse por todo el extremo Oriente, y estiende aun hoy su imperio sobre tanto millones de almas como el Cristianismo. Varón fué aquel que mostró, sin duda, el corazón más tierno, más inflamado de caridad y más compasivo de las humanas miserias, que haya jamás existido fuera de las luces del Evangelio. Llamábase Siddharta (el que consigue existir), nombre que luego cambió por el de Buddha, esto es sabio en toda su pureza, en su grandeza toda, en el lleno, en fin, de una facultad sobrehumana, de cuya denominación tomó la de Buddhismo la religión por él fundada.

No es nuestro ánimo ni conviene á la índole de nuestro periódico hacer la historia ni menos la exposición filosófica de esa religión, como tampoco relatar la vida, bajo más de un concepto notable, del Buddha. Diremos sí que la revolución religiosa, social y política que su doctrina causó, era de una imperiosa necesidad para sacar á la India del abismo de males y sufrimientos en que á fines del siglo VII anterior á nuestra era la había sumido el brahmanismo, negando al hombre la posibilidad de redimir, ni aun mediante la muerte, la cadena de sufrimientos á que, según las creencias en la transmigración, le condenaba el perpétuo renacimiento á nuevas existencias que venían á ser el premio ó el castigo de las buenas ó malas acciones realizadas en las precedentes. La perspectiva de esto porvenir sin reposo, pesaba duramente sobre un pueblo, hartamente

viado ya por la opción del sistema de castas, por un doble despotismo político religioso; sobre un pueblo finalmente, en quien los sentimientos más propios de la naturaleza humana hallábanse bastante sofocados y fuera de camino para dejarle sin defensa contra semejantes dogmas.

Después de sobrehumanos sacrificios personales y de largas meditaciones hechas durante algunos años en la soledad y el aislamiento, creyó el Buddha haber llegado á la solución del problema que se había propuesto y mediante el cual y al propio tiempo fundó una religión nueva, si religión merece llamarse el fruto de aquellas meditaciones; porque su doctrina no se apoya sobre ninguno de esos puntos fundamentales de esencia religiosa que se llaman dogmas; evita pronunciarse claramente acerca de la idea de Dios; y aunque emplea la oración, no lleva consigo culto propiamente dicho.

La doctrina del Buddha, según su forma primitiva y tal como la predicó el mismo, consiste toda en la idea del bien moral y en la práctica de este bien. «He venido, dice en uno de sus sutras ó sermones más auténticos, para satisfacer á los ignorantes con la sabiduría. El tesoro de la sabiduría es la limosna, la ciencia y la virtud: estos son méritos que no se disipan jamás. Hacer un poco de bien, vale más que llevar á cabo obras difíciles. Si se quisiera comprender cuán grande es el fruto de la limosna, nadie comería su último bocado de comida, sin haber dado participación en él. La benevolencia es la primera de las virtudes y la madre de la abnegación. El hombre perfecto nada es, si no se derrama en beneficios sobre las criaturas y no consuela á los afligidos. Mi doctrina es doctrina de misericordia, y por esto los afortunados de la tierra la encuentran difícil; están orgullosos de su nacimiento, y no reflexionan que los frutos de un mismo árbol son todos de idéntico origen.»

Otros varios puntos de enseñanza

moral abraza el sutra á que nos hemos referido; mas lo copiado acerca de la práctica de la caridad, de la misericordia de la benevolencia, parecen digno de ser conocido de nuestros lectores, porque, como ha dicho un escritor moderno, nada sospechoso aun para los más tímidos (1). «Si no hubiese una especie de blasfemia en comparar las divinas máximas de Jesucristo con las doctrinas puramente humanas del Buddha, aun en lo que tienen de más elevado y de más cercano á la verdad, podría llamarse al sutra mencionado el «Sermon de la montaña» del buddhismo.»

Verdad es que, como nos hemos propuesto indicar en estas líneas, la moral constituye el lado bello del buddhismo, y ofrece una corrección, una grandiosidad y pureza, que no pueden menos de sorprender, sobre todo, cuando se compara esa moral con la triste y desoladora metafísica sobre que se apoya. En ella se retratan el alma elevada, el compasivo corazón del que, si echó los fundamentos primeros de los estranos y monstruosos errores del buddhismo, no es, sin embargo, responsable de todas las aplicaciones que, en el peor sentido, introdujeron sus discípulos al tratar de suplir los vacíos que, bajo los puntos de vista de la Metafísica y de la Mitología, presentaba la doctrina del maestro, para constituir un sistema religioso capaz de luchar con el brahmanismo organizado, dominante hacia muchos siglos.

Después de considerar lo que hay de grande en la doctrina moral del buddhismo, solamente fijándose en la vanidad ó más bien en el nihilismo de su metafísica, puede comprenderse la insuficiencia de una religión que únicamente supo adorar la nada, el aniquilamiento, la extinción total en fin, que es lo que significa la palabra nirvana, equivalente para el Buddha y sus sectarios al fin total de la vida, y que constituye su bienaventuranza. El budd-

(1) Mr. Francisco Lenouant, en su excelente «Manuel d'histoire ancienne de l'Orient.»

hismo, en efecto, ha sido en todas partes impotente para fundar sociedad ni gobierno soportables, fracasando en la India misma donde nació, y dejando por doquiera á los pueblos en que ha ido estendiéndose su influjo, sometidos al yugo más envilecedor y arbitrario, sin que ni aun la propia civilización europea sea capaz de volverlo á una vida fecunda al penetrar en las regiones donde conserva aun todo su vigor.

Si, como ha hecho observar Mr. Barthélemy Saint-Hilaire, puede formarse idea de cada religión por las instituciones sociales que inspira ó tolera, en verdad, una de las más patentes señales de la grandeza del Cristianismo consiste en haber producido sociedades y gobiernos libres, que día en día adelantan por el camino del progreso á los ojos y con el aplauso de la Historia.

J. M. E.

Se nos ruega la inserción del siguiente remitido, que anteaer publicó nuestro apreciable colega «El correo Militar.»

«Señor director de «El Correo Militar.»

Ferrol 7 de Agosto de 1875.

Muy señor mío: He leído en su apreciable periódico del 2 de Julio último, la contestación al curioso suscriptor que le preguntaba si sabía á ciencia cierta el número de generales, jefes y oficiales de Marina que habían vuelto al servicio activo, remunerándoles de ese modo y con arreglo á las disposiciones recientes del perjuicio experimentado en 1868.

Con objeto de que pueda el público formar juicio exacto de este asunto, satisfaciendo así la natural curiosidad del suscriptor que hizo la pregunta de referencia, le remito el adjunto estado comparativo de los generales, jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la Armada que sufrieron las consecuencias de la revolución de Setiembre, y de los que han tenido la suerte de volver al servicio activo.

Excuso entrar en comentarios sobre este particular, pues la sola ins-